

NEW LEFT REVIEW 132

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO-FEBRERO 2022

ARTÍCULOS

RAHMANE IDRISA	El Sahel: un mapa cognitivo	7
PERRY ANDERSON	La Gran Bretaña de Edgerton	45
KHEYA BAG Y SUSAN WATKINS	Estructuras de opresión	61
JULIAN STALLABRASS	Cálculo sublime	95
DYLAN RILEY	Respuesta a Harvey	103
DAVID HARVEY	Réplica a Riley	113
PATRICIA McMANUS	Una nueva crítica literaria	123
ALAIN SUPIOT	El error de Foucault	143

CRÍTICA

TOM MERTES	El modelo de Pittsburgh	161
TOR KREVER	Las almas enfrentadas del liberalismo	170

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

SUSCRÍBETE

ts
d traficantes de sueños



DAVID HARVEY

DE NUEVO SOBRE PROPORCIÓN Y MAGNITUD

Réplica a Dylan Riley

LE AGRADEZCO A Dylan Riley la oportunidad que me brinda de aclarar algunas de las tesis que avanzaba en mi artículo «Proporción y magnitud: perspectivas desde los *Grundrisse* de Marx», publicado en la *NLR* 130. Mi intención era tomar algunos de los postulados clave de Marx, en su mayoría extraídos de los *Grundrisse*, para situarlos en el marco general de su teoría del capital e indicar dónde y cómo dichos postulados podrían arrojar luz sobre el estado del capitalismo contemporáneo. Intenté ser fiel a las formulaciones de Marx y para ello incluí importantes citas de sus textos. Que los lectores decidan si mis argumentos son fieles a Marx o meras construcciones «harveyanas» o «tolemaicas», como las describe Riley¹.

La cuestión que me ocupa a lo largo de la mayor parte del texto, según Riley, es la de cómo responden los capitalistas a la tendencia descendente de la tasa de beneficio de modo que puedan contrarrestarla. Mi punto de partida, sin embargo, no tiene nada que ver con contrarrestar la caída de la tasa de beneficio. Mi atención se centra en el origen y las implicaciones de la «ley dual de la proporción decreciente y la magnitud creciente» del beneficio elaborada por Marx. Riley aparentemente comprende la magnitud creciente como un factor que tendría, en mi relato, un efecto compensatorio. Esto es un error. En ningún momento yo, o Marx, lo vemos así. La ley dual se discute en el tercer volumen de *El capital*, antes e independientemente de la discusión sobre las

¹ David Harvey, «Proporción y magnitud: perspectivas desde los *Grundrisse* de Marx», *NLR* 130, septiembre-octubre de 2021; Dylan Riley, «¿Funcionalismo capitalista?», *NLR* 132, enero-febrero de 2022.

influencias compensatorias. Cuando se discute la magnitud creciente en los *Grundrisse* nunca se presenta como compensatoria.

Entonces, ¿cómo funciona esta ley dual que me ocupa y cómo surgen estos dos resultados específicos –proporción decreciente y magnitud creciente del beneficio– de un único proceso singular? El capitalista pretende controlar la mayor magnitud posible de valor y de plusvalor. La posesión y el dominio de esta masa es la fuente del poder de clase capitalista, así como la medida última de la riqueza y el éxito de un capitalista individual. El club de los multimillonarios se define por su dominio de la magnitud. La importancia de la tasa de beneficio radica en su contribución a la masa de valor y de plusvalor. Los capitalistas adquieren más masa elevando la tasa de explotación de la fuerza de trabajo existente –con lo que aumentan sus beneficios– o incrementando el número de trabajadores empleados. Se trata de dos estrategias, que a menudo se combinan, para lograr el mismo fin de aumentar la masa de valor y de plusvalor. Lejos de ser un factor compensatorio, el control de la magnitud se acerca más bien a lo que sería el objetivo último de la acumulación.

Tecnología e inversión

Sin embargo, Riley rechaza de entrada la teoría de Marx sobre la caída de la tasa de beneficio, por considerarla meramente «ortodoxa»². Si los capitalistas consideran que el cambio tecnológico conduce a una caída de la tasa de beneficio, ¿por qué se empeñan entonces en propiciarlo? Hay dos respuestas posibles. La primera hay que buscarla en la teorización de Marx sobre el plusvalor relativo. Los productores más eficientes pueden vender al coste medio del mercado pero producir a un coste inferior. Este beneficio adicional desaparece cuando los productores competidores adoptan las tecnologías más eficientes. El resultado es que se incentiva la innovación tecnológica y aumenta la productividad del trabajo, lo cual viene impulsado por «las leyes coercitivas de la competencia» sobre las que los capitalistas individuales no ejercen ningún control³. De ahí se siguen dos importantes consecuencias sociales. En primer lugar, como el coste de los productos integrantes del salario disminuye debido al aumento de la productividad del trabajo en este tipo de industrias, el valor de la fuerza de trabajo (los índices salariales) puede disminuir

² D. Riley, «¿Funcionalismo capitalista?», cit., pp. 99-100.

³ Karl Marx, *Capital, volume 1*, Londres, 1974, p. 433; ed. cast.: *El capital*, vol. 1, Madrid, 2017.

manteniendo el mismo nivel de vida material, lo cual aumenta el plusvalor (beneficio) para todos los capitalistas. Históricamente, hasta 1970 aproximadamente, los trabajadores de los países capitalistas avanzados compartieron los beneficios del aumento de la productividad. Algunos alcanzaron un mayor nivel de vida material. Desde la década 1970, la mayor parte de los beneficios procedentes del aumento de la productividad han ido a parar al capital. Este es el impacto positivo del plusvalor relativo para el capital, que, sin embargo, desencadena al mismo tiempo el impacto negativo derivado de la caída de la tasa de beneficio.

La segunda respuesta teórica es más complicada. Se deriva de la tendencia a igualar la tasa de beneficio entre todos los productores gracias a la competencia. Las mercancías ya no se intercambian por su valor (los costes de la fuerza de trabajo y de los insumos materiales más el plusvalor), sino por los precios de producción (los costes de la fuerza de trabajo y de los insumos materiales más la tasa media de beneficio). El resultado, según nos muestra Marx, es que los productores capitalistas contribuyen al plusvalor en función de la fuerza de trabajo que emplean, mientras que se apropian del plusvalor según el capital que adelantan. «La clase capitalista distribuye el total del plusvalor repartiéndoselo uniformemente de acuerdo con el tamaño de su capital, en lugar de hacerlo de acuerdo con el plusvalor realmente creado por los capitales en las distintas ramas de actividad». Las empresas, los sectores, las regiones y los países intensivos en mano de obra subvencionan, en consecuencia, a las empresas, los sectores, las regiones y los Estados intensivos en capital. Marx llamó a esto «comunismo capitalista»⁴.

Esta visión teórica explica «por qué los capitalistas son como una gran familia» y «están unidos por una verdadera masonería», a diferencia de la clase obrera. También podría suceder que «un capitalista que no empleara ni un solo trabajador tendría el mismo interés en la explotación de la clase obrera por el capital y obtendría su beneficio del trabajo excedente no remunerado exactamente igual que un capitalista que [...] invirtiera todo su capital en salarios»⁵. Esta es la respuesta de Marx a todos los que se preguntan, cuando se enfrentan por primera vez a su teoría del valor, cómo es que, si todo el valor tiene su origen en el trabajo

⁴ Karl Marx, *Marx's Economic Manuscript of 1864-1865*, Fred Moseley ed., Chicago, 2017, p. 307; Karl Marx, carta a Friedrich Engels de 30 de abril de 1868, Karl Marx y Friedrich Engels, *Marx & Engels Collected Works*, 50 vols., Londres, Lawrence & Wishart, 1975-2005, vol. 43, p. 20.

⁵ K. Marx, *Marx's Economic Manuscript of 1864-1865*, cit., p. 307.

productivo, una empresa totalmente automatizada que emplea poca o ninguna mano de obra puede seguir obteniendo beneficios. Habría sido útil que Riley entendiera esto, ya que explica cómo y por qué los capitalistas continúan con la producción intensiva de capital ante la caída de las tasas de beneficio.

La cuestión interesante aquí es el grado en que las tasas de beneficio se igualan a través de la competencia. Bajo los acuerdos de Bretton Woods, las empresas capitalistas gozaban de una protección considerable gracias a la existencia de controles de capital, pero desde su abandono, la equiparación de las tasas de beneficio se ha hecho más evidente. Los subsidios cruzados de las economías intensivas en mano de obra (como Bangladesh) a las economías intensivas en capital, como Estados Unidos y Alemania, se han vuelto más significativos. Los chinos han tomado nota. Xi planea transformar China para que, de ser una economía intensiva en mano de obra que ha estado cediendo valor en abundancia a Estados Unidos y Alemania, se convierta en una economía intensiva en capital que se adapte a una mano de obra en declive y retenga un mayor margen del valor producido dentro del propio país. Mientras tanto, Estados Unidos intenta frenéticamente impedir la transferencia de tecnología a China para proteger su posición hegemónica. En un régimen de libre comercio, como el definido por la Organización Mundial del Comercio, la lucha por el desarrollo más intensivo en capital posible está en marcha. Cuando Singapur fue expulsado de la Federación de Malasia en la década de 1960, eligió conscientemente el camino del desarrollo intensivo en capital en lugar del intensivo en mano de obra y las consecuencias de ello están a la vista de todos. Bangladesh, en cambio, ha optado por la vía de la mano de obra intensiva, con resultados terribles. Por cierto, Estados Unidos fomentó la transferencia de tecnología a Singapur –así como a Japón, Corea del Sur y Taiwán– para contener las ambiciones de China.

Impacto laboral

Tras recorrer las cuestiones de la tecnología y la inversión con una predisposición contraria a Marx, Riley va al grano. Yo tengo, dice, «una idea bastante sorprendente». En mis manos, la «contratendencia» ya no significa una contratendencia a la tendencia a la baja de la tasa de beneficio, sino en realidad «el intento de recuperar las pérdidas en la “tasa de retorno” mediante la expansión de la masa del plusvalor»⁶. Esta es una

⁶ D. Riley, «¿Funcionalismo capitalista?», cit., pp. 100-101.

versión un tanto expurgada de la «sorprendente noción» de Marx acerca de la tasa de beneficio decreciente y de la masa creciente. Riley muestra entonces que la masa creciente no puede constituir una contratendencia efectiva frente a la tasa de beneficio decreciente (por supuesto que no puede). A continuación, ofrece el ejemplo de una bolsa de caramelos M&M para asegurarse de que entiendo mi propio argumento.

Riley pretende refutar mi tesis sobre la caída de la proporción y el aumento de la magnitud esbozando una versión esquemática de un ciclo económico en el que efectivamente ocurre que los despidos debidos a la caída de los beneficios pueden preponderar sobre la expansión de la magnitud, al menos durante un tiempo. Esto supuestamente demuestra que mi tesis «va en contra de casi todos los hechos conocidos de la historia económica bajo el capitalismo». Además, pone de relieve, según él, mi «peculiar explicación de lo que motiva el comportamiento capitalista»⁷. En este último punto me remito a la opinión de Adam Smith de que las motivaciones y los comportamientos no importan, porque es la mano oculta del mercado la que decide. La versión de Marx es que las leyes coercitivas de la competencia son las que deciden. Bajo el capital, observa Marx, estamos «gobernados por abstracciones»⁸. Pero tales abstracciones parecen estar fuera del alcance de Riley.

Esto nos deja con mi aparente negación de «todos los hechos conocidos de la historia económica regida por el capitalismo». Riley admite que la fuerza de trabajo a escala mundial ha crecido enormemente desde 1980. Parece aceptar a regañadientes mi explicación de este hecho. Pero esto, dice, no es consecuencia de que los capitalistas busquen recuperar sus tasas de retorno «contratando más trabajadores». Además, «la expansión de la fuerza de trabajo global no compensó la baja rentabilidad»; «al contrario», declara: «exacerbó el problema al aumentar la competencia»⁹. A lo que respondo: «por supuesto que sí», pero eso es irrelevante respecto de los procesos que dan lugar a la proporción decreciente y a la magnitud creciente.

Entonces, ¿quiénes fueron, si no los capitalistas industriales, los que ampliaron la fuerza de trabajo mundial para satisfacer la demanda exponencialmente creciente de nuevos suministros de mano de obra? En

⁷ *Ibid.* pp. 101-103.

⁸ Karl Marx, *Grundrisse: Foundations of the Critique of Political Economy*, Londres, 1973, p. 164.

⁹ D. Riley, «¿Funcionalismo capitalista?», cit., pp. 102-103.

1970 el PIB mundial rondaba en torno a los 9 billones de dólares, pero en 2018 se acercaba a los 90 billones en dólares constantes, lo cual no podría haber ocurrido sin un crecimiento sustancial de la fuerza de trabajo, independientemente del aumento de la productividad del mismo. Marx constató la existencia de una relación inherente entre la acumulación exponencial de capital y el crecimiento exponencial de la población. Trató el crecimiento de esta –erróneamente, en mi opinión– como un regalo que la humanidad le hacía al capital, pero este don gratuito se ha visto en los últimos tiempos cada vez más restringido. En China, la acumulación originaria que arrancó a aproximadamente a 700 millones de campesinos de la tierra para ofrecerles un empleo urbano-industrial después de 1980 fue organizada por el Partido Comunista Chino para establecer la preeminencia competitiva de China en ciertos campos de la producción capitalista en el mercado mundial. No lo hicieron los capitalistas industriales, quienes tampoco fueron los protagonistas de la totalidad de la historia de la acumulación originaria, que creó las condiciones para el ascenso del capital. La mano de obra barata era la ventaja comparativa de China en términos de competencia y fue movilizadada por el PCCh para que el capital la explotara.

La expulsión de un enorme número de campesinos y pequeños propietarios agrícolas de las zonas rurales a escala global, desde Indonesia y la India hasta Brasil, se ha llevado a cabo en gran medida mediante la industrialización capitalista de la agricultura, respaldada por el poder del Estado. La incorporación de las mujeres a la fuerza de trabajo, por ejemplo en Estados Unidos, tuvo mucho que ver con el hecho de que esta fuera la única manera de que el salario familiar se mantuviera estable ante el estancamiento de los salarios monetarios individuales. El colapso del bloque soviético y la imposición de regímenes de austeridad neoliberal, que sometieron el trabajo al capital, fue una política neoliberal consciente (gracias a Jeffrey Sachs), al igual que lo fue la imposición de la ortodoxia neoliberal en Iraq durante la ocupación angloamericana (gracias a Paul Bremer).

Sugerir que nada de esto tiene que ver con el capital, porque no fue obra de los capitalistas industriales individuales sería absurdo. Estos son los hechos clave que facilitaron la continua expansión tanto de la fuerza de trabajo como de la masa de valor que los capitalistas de todo tipo pugnan por controlar. Lo hacen con pleno conocimiento de que «un gran capital con una tasa de beneficio menor se acumula más rápidamente que un

pequeño capital con una tasa de beneficio mayor»¹⁰. De ahí la búsqueda incesante por parte de los capitalistas de la centralización del capital a través de fusiones y adquisiciones. Una tasa de beneficio del 2 por 100 sobre mil millones de dólares es mucho más remunerativa que una tasa de beneficio del 10 por 100 sobre 100, como recalca repetidamente Marx.

Despilfarro improductivo de capital

Una de las formulaciones más intrigantes de Marx en los *Grundrisse* es la sugerencia de que la «devaluación constante» de una parte del capital existente, su transformación en «capital fijo que no sirve como agencia de producción directa» y el «despilfarro improductivo de una gran parte del capital» proporcionan formas de poner coto a la tasa de beneficio decreciente (la cual entra finalmente en mi análisis)¹¹. Parece importante explicar a qué pueden deberse estos procesos, pero Riley se burla del intento. Estas inversiones «despilfarradoras» solo podrían darse, nos dice, si los inversores fueran «fantasiosos sin sentido» o, «aún más inverosímil, altruistas de clase», dispuestos a desperdiciar sus inversiones para ver «aumentar la tasa de beneficio». Por el contrario, él sugiere que los capitalistas invierten su dinero en el sector inmobiliario por la simple razón de que esperan una tasa de retorno más alta que la que obtendrían con otras inversiones¹².

Riley no ofrece ninguna idea sobre cómo manejar las relaciones existentes entre el capital fijo y el circulante, y mucho menos sobre cómo entender lo que implica la inversión en la formación de capital fijo de tipo independiente, o las inversiones a largo plazo –como viviendas, escuelas u hospitales– en el fondo de consumo. La industria del transporte, por ejemplo, es, a juicio de Marx, productora de valor y de plusvalor, pero requiere grandes inversiones en capital fijo, buena parte de ellas arraigadas en la tierra: en puertos y muelles, en vías férreas, aeropuertos, carreteras y autopistas, etcétera. Gran parte de todas ellas se utiliza en común. También implica capital fijo de tipo móvil: barcos, camiones, furgonetas de reparto, material rodante, aviones, etcétera. En este punto se presentan varias dificultades. En primer lugar, no puede conocerse la vida útil de una inversión de capital fijo, ya que las convenciones que

¹⁰ K. Marx, *Marx's Economic Manuscript of 1864-1865*, cit., p. 360.

¹¹ K. Marx, *Grundrisse*, cit., p. 750; D. Harvey, «Proporción y magnitud: perspectivas desde los *Grundrisse* de Marx», cit.

¹² D. Riley, «¿Funcionalismo capitalista?», cit., pp. 104-105.

rigen su amortización y depreciación son arbitrarias. En segundo lugar, los usos productivos o improductivos de estas inversiones son difíciles, si no imposibles, de medir, sobre todo cuando se utilizan en común. En tercer lugar, son inversiones que pueden utilizarse conjuntamente para la producción y para el consumo (una carretera, señala Marx, puede utilizarse para transportar mercancías o para pasear)¹³. La realización diferida (a menudo a lo largo de muchos años) del valor invertido es inevitable y el elemento especulativo se halla omnipresente. Algunas de las inversiones son útiles, otras no. Pero, incluso a pesar de su alto riesgo e incertidumbre, los capitalistas no pueden abstenerse de hacerlas, pues son demasiado vitales para el crecimiento futuro. La mayoría de los analistas creen que la construcción del sistema de autopistas interestatales en Estados Unidos a partir de la década de 1950 contribuyó significativamente a la eficiencia de la economía. Pero es difícil demostrarlo.

En este punto la relación existente entre el capital circulante y el capital fijo da un giro innegable. La construcción de un aeropuerto representa una gran oportunidad para que contratistas, constructores, proveedores, arquitectos e ingenieros, fontaneros y electricistas, o empresas de muebles y electrodomésticos produzcan valor y plusvalor. El proyecto de ley de infraestructuras de Biden se promociona como creador de empleo y productor de valor a través de actividades de este tipo. No se sabe si las inversiones son rentables, pero eso puede no importar: estas inversiones ofrecen una gran oportunidad para que el capital circulante se beneficie y para que la mano de obra se emplee. Una típica máquina de crecimiento urbano ligada a la actividad inmobiliaria perseguirá megaproyectos de uno u otro tipo a fin de crear empleo y riqueza a escala local y estos proyectos podrán tener o no valor a largo plazo. Esto es lo que hizo en la década de 1930 la Works Progress Administration de Roosevelt cuando construyó la Blue Ridge Parkway y la Jones Beach Highway, como señalé en la *NLR* 130. Las protestas medioambientales en Nueva York contra los megaproyectos son ahogadas una y otra vez por los promotores inmobiliarios y los trabajadores de la construcción, que necesitan los puestos de trabajo. Este influyente grupo de presión siempre estará dispuesto, si se les paga por ello, a construir puentes hacia ninguna parte.

Hay mucho más que decir sobre esto, por supuesto, pero la cuestión es de enorme importancia macroeconómica. Desde 2008, cerca de un tercio del crecimiento mundial ha procedido de China –más que de Estados

¹³ K. Marx, *Grundrisse*, cit. p. 687.

Unidos y Europa juntos– y casi un tercio de ese tercio tiene que ver con la inversión inmobiliaria. China tiene 30 millones de viviendas desocupadas, es decir, las suficientes para alojar a 90 millones de personas, más que la población de Alemania, lo cual tiene graves consecuencias medioambientales. Entre 2011 y 2013, China consumió 6,6 gigatoneladas de cemento –un importante emisor de gases de efecto invernadero–, mientras que Estados Unidos había consumido 4,5 gigatoneladas en los últimos cien años¹⁴. La financiación de todo esto a través de la innovación financiera en China es un ejemplo clásico de reestructuración de un sistema financiero en torno a las necesidades de los inversores activos en el sector de la construcción. Los problemas de las empresas promotoras chinas como Evergrande amenazan ahora la estabilidad mundial. Este es el mundo en el que vivimos, que exige un análisis y una atención serios.

Dar sentido a lo que está sucediendo en el capitalismo contemporáneo es una tarea imponente y la relevancia de la obra de Marx para este proyecto está abierta al debate. El estatus de la doble ley de Marx sobre el aumento de la magnitud y la caída de la proporción es desde luego difícil de definir. Haciendo abstracción de todas las demás influencias, el resultado sería una masa de valor y plusvalor en expansión infinita en un polo y una tasa de beneficio siempre decreciente en el otro. Parece la superposición de una doble contradicción. El único lugar en el que me he topado con una idea así es en la interpretación que hace Carlo Rovelli de la superposición en la teoría cuántica, donde «dos propiedades contradictorias están, en cierto sentido, presentes juntas»¹⁵. De ahí deduzco un imaginario de Marx que va saltando por un espacio teórico fantástico (que no fantasioso), definido por los polos del marxismo cuántico y el marxismo tolemaico, dotado de unas pocas islas seguras de marxismo copernicano flotando en medio. Me complace mucho y me divierte ese imaginario. No puedo por menos que agradecer a Riley por la definición de uno de sus pilares.

¹⁴ Kenneth Rogoff y Yuanchen Yang, «Peak China Housing», NBER Working Paper 27697, agosto de 2020; Vaclav Smil, *Making the Modern World*, Chichester, 2013, que cita fuentes del United States Geological Survey (USGS).

¹⁵ Carlo Rovelli, *Helgoland: Making Sense of the Quantum Revolution*, Londres, 2021, p. 45; ed. orig.: *Helgoland*, Milán, 2020.

Tarifas de suscripción a la revista *New Left Review* en español

Para España

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [55 €]

Suscripción anual para Instituciones [200 €]

(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a una misma dirección postal)

Venta de un ejemplar individual para instituciones [20 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

Para Europa

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [85 €]

Suscripción anual para Instituciones [300 €]

(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a una misma dirección postal)

Venta de un ejemplar individual para instituciones [30 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

Resto del mundo*

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [120 €]

Suscripción anual para Instituciones [350 €]

(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a una misma dirección postal)

Venta de un ejemplar individual para instituciones [50 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

Formas de pago

Se puede realizar el pago mediante tarjeta de crédito, transferencia bancaria o domiciliación bancaria a través de nuestra página:

<http://traficantes.net/nlr/suscripcion>

Para cualquier duda podéis escribirnos a nlr_suscripciones@traficantes.net